

Fantasy y distopía: «Hiranyo y Garbha», de Nestor Vítor



Nota introductoria y traducción de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la introducción y la traducción, 2019.

Al leer la frase «conto fantástico ambientado num mundo exótico, “Morkoma”, revelando hábitos e modos estranhos aos nossos» [cuento fantástico ambientado en un mundo exótico, «Morkoma», con costumbres y maneras distintas a las nuestras]¹, es difícil que no se le despierte la curiosidad a un amante de la ficción especulativa, tanto en su vertiente utópica y fictocientífica, como en la épico-fantástica. ¿En qué parajes, terrestres o no, y en qué época, legendaria o no, se localiza ese mundo exótico? ¿Cuáles son esas extrañas costumbres? A falta de descripciones detalladas del cuento, titulado «Hiranyo e Garbha», por investigadores posteriores accesibles, se imponía leerlo directamente para salir de dudas. Por desgracia, la obra de ficción del creador de Morkoma, Nestor Vítor (1868-1932), es prácticamente desconocida, pese a que el escritor mismo ocupa un digno lugar en la historia del Simbolismo literario brasileño, sobre todo por su labor crítica y su amistad con João Cruz e Sousa, el poeta en verso y en prosa más apreciado de ese movimiento en su país. El libro de relatos en el que figura el intrigante mundo de Morkoma, titulado *Signos* (1897), no se ha reeditado nunca, y la edición original tampoco se ha digitalizado, por lo que hay que acudir al fondo Nestor Vítor de la biblioteca de la Fundación Rui Barbosa, sita en

Río de Janeiro, para consultar un rarísimo ejemplar². En cambio, sí se ha digitalizado la primera versión de «Hiranyo e Garbha» publicada en el diario *O País*, en 1895³, que presenta algunas pequeñas diferencias con la versión definitiva, ya que en esta se suprime un par de frases, que en la reedición del texto portugués y su traducción castellana⁴ que siguen figuran entre corchetes. La lectura de ambas versiones revela que Vítor supo crear efectivamente un mundo exótico en un relato profundamente original, y no solo en el contexto de la literatura de su época.

La afirmada originalidad del cuento de Vítor se puede aquilatar atendiendo tanto al significado de la organización de la sociedad de Morkoma como a determinadas características que lo separan de la corriente principal de la distopía, modalidad de la que forma parte. «Hiranyo e Garbha» presenta el es-

¹ Marcelo José Fonseca Fernandes, *O Conto Simbolista no Brasil*, Rio de Janeiro, Universidade Federal do Rio de Janeiro – UFRJ, 2014, p. 77. Edición en línea consultada el 29 de febrero de 2019: <http://bibliofagia.weebly.com/blog/signos-e-ficcoes-de-arquivo>

² Nestor Vítor, «Hiranyo e Garbha», *Signos (contos)*, Rio de Janeiro, [Tipografia Correia Neves], 1897, pp. [15]-26. Es posible que se tratara de una edición de autor con escasa tirada, lo que explicaría su rareza. Ahora es de esperar que algún erudito brasileño ponga a la disposición de un público más amplio el importante libro de Nestor Vítor mediante su reedición crítica. También sería de agradecer que la biblioteca en el que se custodia lo digitalizase para que se pudiera leer en línea, sin necesidad de hojear un volumen al parecer frágil, antes de que su consulta resulte imposible. En cualquier caso, conste mi más sincero agradecimiento a D. Miguel Valverde Frias por haberme hecho llegar, fotografiada, la versión definitiva del cuento.

³ Nestor Vítor, «Hiranyo e Garbha», *O País*, XII, n.º 4.026, 10.10.1895, p. 1. La ortografía de nombres, títulos y textos brasileños se ha modernizado en todos los casos.

⁴ Agradezco a D.ª Teresa Pérez Roca la atenta revisión de esta traducción al castellano.



Fantasy y distopía: «Hiranyo y Garbha», de Nestor Vítor

quema típico de ese género de ficción, a saber, la presentación de una comunidad en su dimensión social y política que tiende a orientar la interpretación en un sentido negativo por comparación con el mundo de referencia real de los lectores. Esta negatividad del mundo ficcional descrito se desprende sobre todo de la focalización en sus víctimas. A diferencia del estatismo y del predominio del discurso descriptivo en la eutopía, en la distopía predomina la narración, ya que el horror del orden distópico suele intensificarse mediante la identificación deseada de los lectores con los disidentes, voluntarios o accidentales, de aquella sociedad, unos disidentes cuya percibida rebeldía introduce un elemento potencial de cambio y, en consecuencia, de alteración histórica narrable. En la distopía clásica, el peso de la represión cae sobre el disidente, que es expulsado de su sociedad, cuando no acaba asesinado por esta. Así ocurre con la pareja protagonista del cuento de Vítor, cuyo fallecimiento por inanición subraya la espantosa rigidez represiva del mundo de Morkoma. El amor de los protagonistas, que es la expresión de un libre albedrío bendecido por la divinidad de ese mundo, solo puede llevarlos a la muerte. No hay otra alternativa en una sociedad en la que las leyes apenas dejan resquicios para la expresión individual, y en la que todo parece controlado a la manera totalitaria, antes de aparecer el concepto mismo de totalitarismo.

Naturalmente, Vítor no podía tener como referencia los regímenes que, desde 1917, han aspirado el control integral de la persona en nombre de un sedicente bien común. Estos regímenes han inspirado numerosas anticipaciones distópicas por extrapolación o analogía en las que se transfiere a un futuro más o menos lejano el triunfo del ideal totalitario y el consiguiente aplastamiento de la disidencia desde arriba, desde un poder en la cumbre en manos de una minoría que se impone verticalmente. En cambio, Vítor se inspira más bien en otro tipo de totalitarismo tan añejo y

común en la historia del gregario animal humano que pocas veces se ha denunciado, porque rara vez los intelectuales parecen haberse dado cuenta de su existencia. Se trata de lo que podríamos denominar totalitarismo horizontal, y sería el aplicado tradicionalmente en sociedades cerradas obedientes a todo tipo de tradiciones que determinan el comportamiento de los individuos, coartando su libertad y su iniciativa, y ajustándolo de grado o de fuerza a un ideal comunitario heredado que se hace cumplir mediante la presión colectiva ejercida por quienes rodean al supuesto disidente, esto es, a toda persona que no respete las tradiciones o que se perciba por su diferencia como una amenaza para la cohesión y la uniformidad totalitarias de la comunidad. En un contexto en el que ninguna fuerza exterior introduzca alternativas viables, el precio por no seguir esas tradiciones, cuya fuerza radica en la fidelidad a las creencias y costumbres heredadas de los antepasados, es la muerte por exclusión, ya que la supervivencia en solitario resulta prácticamente imposible para el ser humano. Ese es precisamente el destino de Hiranyo y Grabha tras osar quebrantar, aun en mínima medida, las leyes de Morkoma por amor. Nadie les dirige la palabra, ni los ayuda a sobrevivir, sin que ningún tribunal parezca haber dictado sentencia contra ellos.

Aunque el narrador se refiere a las leyes que rigen el país, no parece existir ninguna institución que las haga cumplir, ni tampoco institución alguna que las hubiera promulgado, ya que su fuerza prescriptiva radica en su antigüedad, en el largo hábito de su obediencia hasta alcanzar la categoría de rito sagrado. Las leyes son las costumbres y ceremonias tradicionales, cuya conservación parece confiarse sobre todo a los ancianos de Morkoma, como en la mayoría de las sociedades tradicionales, en las que no suelen faltar tampoco las normas estrictas en lo relativo a los matrimonios aceptables o no. Vítor únicamente exagera, al modo corriente en la ficción distó-



Fantasy y distopía: «Hiranyo y Garbha», de Nestor Vítor

pica, el rigor de la ley no escrita en la materia. En Morkoma, la separación entre las personas de distinto sexo es total antes del matrimonio, lo que impide normalmente que surja cualquier relación amorosa libre que pueda amenazar el ritualismo colectivo con la fuerza de la pasión. Los ritos también presiden el emparejamiento, con el mismo propósito de prevenir el amor o, al menos, de controlarlo. Esto, a su vez, se traduce en la desaparición de la creatividad que en el amor tiene a menudo su fuente, con lo que se excluye también del mundo de Morkoma la presencia perturbadora de la poesía. Frente a este mundo gris y opresivo, Hiranyo y Garbha se alzan como figuras simbólicas que descubren el amor casi como si fuera un atavismo. El hecho de que sean ellos quienes se ajustan a la verdad y a la naturaleza, como sugiere el respaldo divino que reciben, no impide su castigo, porque el totalitarismo horizontal de Morkoma vela los ojos ante cualquier alternativa, la sancionen o no sus dioses. Los ritos y ceremonias seguirán empequeñeciendo a los habitantes de Morkoma.

Su escaso tamaño, de hecho, es una clara metáfora de su mezquindad. En cambio, Hiranyo tiene una sospechosa estatura superior. Estas características físicas tienen sobre todo un sentido simbólico, de acuerdo con el planteamiento estético de Vítor. En las distopías de anticipación anteriores desde *Le Monde tel qu'il sera* [*El mundo tal y como será en el año 3000*] (1846), de Émile Souvestre, la profusión y la exactitud de los detalles descriptivos persiguen crear un efecto de realidad que apoye la verosimilitud del mundo inventado. Morkoma, en cambio, es un territorio sin localización precisa. No se sabe si la aventura de Hiranyo y Garbha ha ocurrido en el pasado o el futuro de la Tierra, ni siquiera se sabe si Morkoma es un espacio terrestre o no. De acuerdo con la práctica simbolista, se confía la ambientación a la imaginación de los lectores. Más importante que el efecto de realidad es el de sugestión, que se genera sobre todo a

partir de los símbolos, tales como el del cielo, con su color y luz, que Vítor significativamente repite. Por otra parte, dentro del Simbolismo, «Hiranyo y Garbha» presenta elementos que lo emparentan con la naciente fantasía épica (*fantasy*) contemporánea, como el uso de unos nombres propios completamente inventados, los cuales subrayan el carácter de universo secundario integral de Morkoma, en la medida en que se trata de un universo carente de cualquier referencia histórica o geográfica directa a realidades de nuestro mundo. También recuerda a la *fantasy* la ausencia de tecnología moderna⁵, un aspecto que sería inverosímil, por otra parte, en una comunidad tan opuesta a la innovación como lo es Morkoma. A ello se añade un rasgo fundamental en aquel género de ficción, la intervención genuina y no dudosa de hechos y agentes sobrenaturales. En «Hiranyo y Garbha», tenemos la manifestación del dios nacional de Morkoma. Se trata de un numen completamente inventado, cosa excepcional antes de la mitografía mitopéica de lord Dunsany en *The Gods of Pegāna* [*Los dioses de Pegana*] (1905), aunque puede mencionarse el dios innominado del poema narrativo de Gabriele D'Annunzio «Il fuoco della pace» [El fuego de la paz] (1883; luego titulado «Il sangue delle vergini» [La sangre de las vírgenes] en *Intermezzo*, 1894), que es quizá la primera ficción de *fantasy* moderna propiamente dicha, al menos en las lenguas románicas. De esta manera, Vítor no fue únicamente un pionero de esta modalidad ficcional en Brasil y en todo el mundo, sino también uno de los pocos que la hayan cultivado en un modo netamente distópico, por el cariz radicalmente

⁵ En «Hiranyo y Garbha» se habla de ciudades, aunque su tamaño no se especifica. También se mencionan los anales de Morkoma. Todo ello sugiere una sociedad relativamente organizada, aunque no necesariamente más avanzada que cualquier sociedad pagana antigua de nuestro mundo. Otra posibilidad, sugerida por el empequeñecimiento, es que se trate de una sociedad avanzada cuyo conformismo la hubiera hecho degenerar y empequeñecerse mental y físicamente.



Fantasy y distopía: «Hiranyo y Garbha»,
de Nestor Vítor

opresivo del orden de Morkoma tanto como por la trágica conciencia de que no existe salida alguna. En la pura distopía *fantasy* de «Hiranyo e Garbha» no cabe el tranquilizador consuelo de que la magia, la espada o el heroísmo guerrero terminen venciendo al mal y

destruyendo el talismán o anillo de su poder, porque ni los dioses pueden hacer nada contra el trágico totalitarismo horizontal de Morkoma, tal como Vítor lo pinta en este cuento suyo tan original, emocionante y bellamente escrito.

Nestor Vítor

Hiranyo y Garbha

Hiranyo y Garbha habían nacido en Morkoma, tierra de las fórmulas y las convenciones. [Con ellas moraban allí también la esterilidad, el prosaísmo y el tedio.]

Nadie en ese país extraño daba siquiera un paso que no se subordinase a un metro establecido. No se decía una palabra sino en su momento, siguiéndose fielmente las leyes estatuidas en la materia. No había persona que se arriesgara a actuar de forma que no hubiera sancionado la larga costumbre de la mayoría.

Pero todo llevaba así asentado desde hacía tanto tiempo que no había dificultad ninguna en cumplir esas leyes. Estas se observaban con tanta naturalidad, casi, como nosotros encontramos el equilibrio para mantenernos en pie o la piedra se precipita para alcanzar el suelo.

Sin embargo, no es necesario señalar que en esa tierra imperaban el tedio y la esterilidad, porque allí ni el amor podría vivir.

Apenas quería nacer la sagrada pasión en el corazón de los hombres cuando ya era necesario manifestarla de una cierta y determinada manera, aunque aún presentara la vaga forma de un irreductible embrión.

Se procedía de la manera siguiente.

Los varones iban por un carril y las mujeres, por otro. Ningún individuo perteneciente a un sexo podía mirar de frente al individuo del sexo opuesto. Solo se permitían miradas medrosas y fugitivas a la distancia máxima de treinta metros. Si de esta manera consideraba un joven que le agradaba alguna de las muchachas que iban por el otro carril, tenía el deber inaplazable de participárselo a sus padres. Estos se enterarían con los padres de ella. Entonces enterarían del hecho a la joven y esta hablaría de él como le dictase su entendimiento. Obtenida la perfecta aquiescencia de todos, se participaba el caso a la sociedad.

Así eran los primeros pasos indispensables.

Y si, por acaso, las pasiones que surgían más enérgicas no quedaban así aniquiladas ante tal coacción, sino que, a pesar de ella, forzaban su camino y florecían, al crecer ellas iba creciendo su yugo, pues a cada paso se multiplicaban cada vez más numerosas las prescripciones, asfixiantes y malditas.

Así murió el amor, porque la poesía había dejado de ser su divino atributo.

Este espléndido deslumbramiento de los ojos enamorados era cosa desconocida en aquel pueblo. Los encargados de velar por el cumplimiento de las leyes, atormentadoramente, con sus reflexiones frías y exactas, quedaban sentados para siempre al lado de cada corazón juvenil para disipar cuidadosos cualquier nube que pudiese suponer perturbación, como los siervos espantan insectos molestos y perjudiciales.

Así ocurría que, movidos por desnudos instintos y observando intereses de índole diversa, en una marcha menuda, pero seca, prosaica y artificial, se llegaban el uno al otro, ya desilusionados antes de tocarse, y aburridos unían mutuamente sus brazos, felices tan solo por verse al final de la tediosa jornada.

Entre tanto, reinaba en el país de Morkoma una tarde serena, de aires finos, con unos rasgados nimbos de oro y plata por occidente, cuando Hiranyo vislumbró a Garbha por primera vez.

Hiranyo tenía la alta estatura de ciento diez centímetros, muy poco común en su país, donde, a fuerza de reglas y de constancia, la gente había logrado alcanzar una extraordinaria delicadeza y reducción física, ideal a los ojos de aquel pueblo.

Esta calidad ya lo hacía extraordinario en Morkoma. Pero, por otros grandes motivos más, Hiranyo no llamaba la atención simplemente por extraordinario, sino también por altamente sospechoso.



Fantasy y distopía: «Hiranyo y Garbha», de Nestor Vítor

La ciudad toda donde había nacido y vivía era un ojo solo para verlo y sopesar sus acciones.

Hiranyo tenía por antepasado a un réprobo célebre, que vivió en aquel país de Morkoma para indignación de las gentes y perturbación de la severa armonía.

Este era aquel de quien los padres hablaban a los hijos en tono misterioso para dormirlos atemorizados.

Nunca en su vida obedeció, por un inexplicable desorden y un afán diabólico, al hábito general, del que nadie hasta entonces se había escapado, de recorrer doscientos treinta y cuatro metros y nueve centímetros a cada cuatrocientos sesenta y cuatro pasos que avanzara.

Se hizo cumplir la ley para ese hombre por la cual todos los que estuvieran en la calle debían volver el rostro, cuando él pasara, porque aquel maldito era la horrible Anarquía encarnada.

Se prohibió también que se sentara a la mesa común, colocada en una superficie, como era uso entre aquel pueblo, presidida por el mayor de los ancianos, un viejecito de barbas blancas y grandes palabras. Y esto porque él había deglutido más de una vez bocados más grandes, en menos tiempo y con modales más imperfectos de lo que marcaba la ley.

Estos y otros crímenes de esta índole eran el motivo por el que se hizo execrable la memoria del abuelo del extraordinario Hiranyo.

Su padre había nacido de un matrimonio por el que añadió aún más culpa a todas las culpas de aquel antiguo personaje.

Sucedió que, tras la ceremonia de la unión, celebrada durante tres días, con veintiocho subceremonias diversas, y habiendo transcurrido otros ocho soles de comedidas festividades, él tuvo el coraje supremo de dar a entender que no le disgustaría que se despidiesen sus primos y sus amigos, los amigos de los primos y, además, todos los amables invitados que los rodeaban. Ahora bien, era cos-

tumbre rigurosa que solo se dejara a los nuevos cónyuges, para que se entendieran a su sabor, después de trece días y cuatro horas.

Fue a partir de entonces cuando nunca volvió a tener un amigo, ni siquiera trato social.

Era natural, por lo tanto, la sospecha sobre Hiranyo, su nieto.

Con todo, hasta entonces, toda la vigilancia que la ciudad ejercía sobre él no había podido encontrarle sino pequeñas faltas, que lo convertían, cuanto más, en tan solo un semi-réprobo.

No se trataba, sin embargo, de que él no sintiera la revuelta, como herencia funesta, removerle la sangre.

Aquel tedio que se cernía sobre todas las cosas era una cosa tan natural para el resto de la gente como nos es el peso de la atmósfera sobre los hombros, o como lo sería una región insoportablemente infecta a quien, habiendo nacido en ella, resistiese, hallando allí elementos de vida. Pero a Hiranyo el aburrimiento lo fatigaba.

A veces, al pensar, tenía miedo al volver su pensamiento, porque se había animado a soñar, hecho extraño en el mundo de Morkoma y cuyo carácter criminal él barruntaba.

En esa tarde serena, de aires finos, en que se veían por occidente, rasgados y raros, nimbos de oro y de plata, él vivía uno de sus momentos culpables. Pensaba, sumergido en una especie de agradable tristeza, en los rostros lejanos que vislumbraba fugitivo por el otro camino. Pensaba en un futuro, en unas cosas que podían ocurrir, todo él atemorizado, con una especie de agradable tristeza.

En esto avistó el rostro vaporoso de la hermosa Garbha.

La luz del crepúsculo, al reflejarse sobre ella, la envolvía en una apoteosis deslumbrante. Se parecía a la esposa del dios pequeño y delicado del pueblo de Morkoma, bajada a la tierra para hacer el bien.

Él no pudo rehuir la mirada. La joven ya había recorrido los treinta metros de la ley y el criminal aún persistía.



Fantasy y distopía: «Hiranyo y Garbha», de Nestor Vítor

Un rubor de pudor gravemente ofendido cubrió entonces el rostro microscópico y delicoso de Garbha, la para siempre infeliz.

La indignación se alzó por todas partes. Y el nieto del réprobo fue un réprobo mayor todavía.

Pero lo extraño del caso era que, entre todos los que lo maldecían, Garbha era la única que callaba, ella, que habría debido reconocerse víctima de estupro brutal. Antes al contrario, con benevolencia de connivente criminal, bañados los ojos de lágrimas, la alba manecita extendida, hacía idealmente un círculo sobre la cabeza del culpable, mientras sus labios casi invisibles pronunciaban dos palabras pequeñitas que eran la fórmula de un perdón.

¡Ah, pobre Hiranyo, si tú las oyese, no serían tan grandes tus penas!

Habiendo de someterse a las consecuencias de su culpa, evitado como un leproso, él comenzó la peregrinación a la que solo la muerte pondría fin.

Pero no era el pensamiento de la negra condena perpetua lo que lo desolaba tanto. Era la idea de que ella, la divina transeúnte, no podía dejar de odiarlo.

Él, para ella, había sido como el fango que enturbia el agua clara, o la nube negra que ensucia el plácido azul.

Cuando Hiranyo pensaba en ello, se apercibía de la extensión de su crimen y no le hallaba límite.

Entonces le entraban ganas de ir a poner la garganta bajo el hierro que le había de suspender para una muerte lenta y atormentadora, según los usos de su país, reconociéndose indigno de compartir esta vida con la mayoría de la gente.

Pero, en las convulsiones de estos momentos inenarrables, a veces le borboteaban largos sollozos y le corrían lágrimas abundantes. Entonces brotaba de su interior una especie de dolorosa alegría, como en un horizonte borroso atraviesa un rayo de sol rápidamente las nubes, con las plantas aún llenas de rocío

y el furor de los vientos que ululan en ecos por las cuevas lejanas.

Entonces le volvían aquellos pensamientos pasados suyos, aquellas vagas ideas sobre una vida que transcurriera de un modo distinto a como transcurría todo en Morkoma, una vida en la que no hubiera tantas restricciones y tamaño cansancio, que, por ejemplo, permitiese sonrisas más francas, y, medroso incluso, soñaba con una especie de besos, cosas que él nunca había visto y que lo asustaban, al tiempo que lo tentaban.

Pero también Garbha fue sometida a una pena cruel. Expulsada y maldita, la condenaron a vagar para siempre por las calles, con una única túnica para la eternidad, excluida como él de cualquier trato social y estando prohibido a todos tenerle misericordia.

Y ambos, en su vagar, se encontraron un día.

La ciudad entera vio el encuentro. Todos volvieron el rostro.

Solo los dos se quedaron mirando.

Ella, sorprendida, sin saber explicárselo, sentía agitarse en el seno su pequeñito corazón con un alborozo de pájaro joven enjaulado. Él, absorto como estaba en su crimen, veía sin querer, no obstante, sus brazos tenderse hacia ella.

Ella, sin querer, se acercaba. ¡Muertes mil con mil tormentos darían tormento menor a aquellos dos réprobos, maravillados de su crimen y seducidos a cometer crimen mayor! Indecible la expresión de sus caras.

Pero entonces, allá en el cenit, una nube color de fuego, color de rosa, azul y jade, empezó a humear, con olor a azufre.

Y de la nube surgió, vestido de oro y cubierto de pedrerías, con un cetro en la mano, el pequeño dios de Morkoma.

Tocó el espacio con sus microscópicos pies y descendió a tierra.

Transidos de terror, los dos condenados quedaron perplejos.

Pero el dios vino, llegó y, con su voz argentina, delgada, dijo a los pobres miserables:

—¡Para el amor, perdón!



Fantasy y distopía: «Hiranyo y Garbha»,
de Nestor Vítor

[Desapareció.]

Ellos se miraron y entonces supieron que toda su culpa era amor.

La ciudad, de espaldas, los execraba y no los veía.

Pero ellos ahora, sin embargo, estaban contentos.

Hiranyo, tímido y delicado, tomó la mano de Garbha y en ella rozó un beso.

Garbha, aún en éxtasis, repetía:

—¡Amor...!

Cuentan las noches que cada vez supieron amarse más y más.

Y lo que quedó registrado en los anales de Morkoma es que a los dos, sin poder tomar alimento, pues todo se les negaba por ley, muertos de inanición, los encontraron yertos en los brazos uno del otro, sonriendo como si todavía vivieran y se sintieran felices, con la mirada de Hiranyo posada en la mirada de Garbha, con la mirada de Garbha posada en la mirada de Hiranyo.

[1888]

Nestor Vítor

Hiranyo e Garbha

Hiranyo e Garbha haviam nascido em Morkoma, terra das fórmulas e das convenções. [Com estas moravam ali também a esterilidade, o prosaísmo e o tédio.]

Ninguém nesse país estranho dava um passo sequer que o não subordinasse a um metro estabelecido. Não se dizia uma palavra senão em seu tempo, seguindo-se com fidelidade as leis estatuidas para isso. Um homem não havia que se arriscasse a um acto que os mais com o longo hábito não tivessem sancionado.

Mas tudo vinha assim assentado de tão longa data que não se achava a menor dificuldade no cumprimento dessas leis. Elas eram observadas tão naturalmente, quase, como nós nos equilibramos para conservar-nos de pé ou a pedra se precipita para chegar ao solo.

No entanto, não é necessário dizer que nessa terra o tédio e a esterilidade imperavam porque ali nem o amor pudera viver.

Mal queria nascer a sagrada paixão no coração dos homens, logo era necessário manifestá-la sob um certo e determinado modo, representasse ela muito embora a vaga forma de incoercível embrião.

Procedia-se da seguinte maneira.

Os homens caminhavam por um trilho, as mulheres por outro. Nenhum indivíduo pertencente a um sexo poderia olhar de frente ao indivíduo de sexo diverso. Eram permitidos apenas entreveres medrosos e fugitivos á distância máxima de trinta metros. Se por este meio julgava algum moço agrada-lhe uma das raparigas que passavam no trilho oposto, tinha o dever inadiável de participá-lo a seus pais. Estes entender-se-iam com os pais dela. Fariam-na em seguida conhecedora do facto e ela falaria sobre ele como seu entendimento ensinasse. Havendo perfeita aquiescência de todos, solemnemente participava-se o caso á sociedade.

Tais eram os primeiros passos indispensáveis.

E se, por ventura, a tal constrangimento as paixões que vinham mais enérgicas não se aniquilavam ainda, mas, apesar dele, forçavam e floresciam, crescendo elas ia crescendo o seu jugo, pois, de cada vez, mais e mais multiplicavam-se as prescrições, asfixiantes e malditas.

Assim, morrera o amor, porque a poesia deixara de ser o seu divino apanágio.

Este esplêndido deslumbramento dos olhos apaixonados era cousa desconhecida entre aquele povo. Os encarregados de velar pelo cumprimento das leis, atormentadoramente, com suas reflexões frias e exactas, ficavam para sempre sentados ao lado de cada coração de moço, para dissipar cuidadosos toda nuvem que pudesse trazer perturbação, como os servos espanejam insectos incomodativos e prejudiciais.

Sucedia daí que, levados por despidos instantos, e observando interesses de ordem diversa, numa marcha miúda, mas seca, prosaica, artificial, vinham um para o outro, desiludidos já antes de tocar-se, e tediosos uniam mutuamente os braços, felizes apenas por verem-se no fim da aborrecida jornada.

No entanto, reinava no país de Morkoma uma tarde serena, de ares finos, havendo pelo ocidente, esgarçados, uns nimbo de ouro e de prata, quando Hiranyo entrevia Garbha pela vez primeira.

Hiranyo era da grande estatura de cento e dez centímetros, muito pouco comum em seu país, onde, à força de regras e constância, havia conseguido a gente atingir a uma extraordinária delicadeza e redução física, ideal dos olhos daquele povo.

Esta qualidade já o fazia extraordinário em Morkoma. Mas, por outros grandes motivos ainda, Hiranyo não era simplesmente notado como extraordinário, mas por altamente suspeito também.



Fantasy y distopía: «Hiranyo y Garbha», de Nestor Vítor

A cidade toda onde ele nascera e vivia era um olho só para vê-lo e ponderar suas acções.

Hiranyo tinha por antepassado um réprobo célebre, que vivera naquele país de Morkoma para a indignação das gentes e a perturbação da severa harmonia.

Este era aquele de quem os pais falavam em tom misterioso aos filhos para adormecê-los com medo.

Jamais em sua vida obedecera, por uma inexplicável desordem, e um afã diabólico, ao hábito geral a que ninguém até então fugira de fazer duzentos e trinta e quatro metros e nove centímetros em cada quatrocentos e sessenta e quatro passos que avançasse.

Fez-se cumprir a lei para esse homem pela qual todos que estivessem na estrada deviam voltar o rosto, quando ele passasse, porque aquele maldito antes era a horrorosa Anarquia caminhando.

Foi proibido também se assentasse ele á mesa comum, posta numa área, como era uso entre aquele povo, presidida pelo mais antigo dos velhos, um velhinho de barbas brancas e de grandes palavras. E isto porque ele deglutira mais de uma vez bocados maiores, em mais breve espaço de tempo e com mais imperfeita cerimónia do que por lei se fazia.

Tais e outros crimes desta ordem eram a causa de tornar-se execranda a memória do avô do extraordinário Hiranyo.

O pai deste nascera de um matrimónio pelo qual maior culpa se reuniu a todas as culpas daquele antigo personagem.

Foi o caso que, após a cerimónia da união, realizada em três dias, com vinte e oito subcerimónias diversas, e tendo decorrido mais oito sóis de comedidas festividades, ele teve a coragem suprema de dar a entender que não se desgostaria com a despedida de seus primos e de seus amigos, com a dos amigos dos primos e mais a de todos os amáveis convidados que os cercavam. Ora, era de costume rigoroso que só se deixassem os novos cônjuges, para lá entenderem-se á vontade, após treze dias e quatro horas.

Foi desde então que ele nunca mais teve um amigo, nem uma relação, sequer.

Era natural, portanto, a suspeita sobre Hiranyo, seu neto.

Contudo, até então, toda a vigilância da cidade sobre ele não pudera achá-lo senão em pequenas faltas, que o faziam, quanto muito, ainda apenas um semiréprobo.

Não é, porém, que ele não sentisse a revolta, como herança funesta, fazer-lhe prurido no sangue.

Aquele tédio pairando em tudo era uma coisa tão natural para o resto da gente como nos é o peso da atmosfera sobre os ombros, ou como seria uma região insuportavelmente infecta a quem, nascendo nela, resistisse, achando ali elementos de vida. A Hiranyo, porém, o tédio fazia cansaço.

Às vezes, pensando, ele ficava com medo ao voltar de seu pensamento, porque se animara a sonhar, facto estranho no mundo de Morkoma e que ele suspeitava ser um crime.

Nessa tarde serena, de ares finos, em que havia pelo occidente, esgarçados e raros, nimbo de ouro e de prata, ele estava num dos seus momentos culpáveis. Pensava, mergulhado numa espécie de agradável tristeza, sobre os vultos longínquos que pelo outro caminho ele entrevia fugitivo. Pensava num futuro, numas cousas que se podiam dar, todo cheio de medo, com uma espécie de agradável tristeza.

Nisto, avistou a vulto vaporoso da formosa Garbha.

A luz do crepúsculo, reflectindo-se sobre ela, fazia-lhe uma apoteose deslumbrante. Ela tinha a semelhança da esposa do deus pequenino e delicado do povo de Morkoma, decido á terra para fazer o bem.

Ele não pôde fugir com os olhos. Já havia a moça transposto os trinta metros da lei e o criminoso persistia ainda.

Um rubor de pudicidade gravemente ofendida cobriu então o rosto microscópico e delicado de Garbha, a para sempre infeliz.

A indignação ergueu-se de toda parte. E o neto do réprobo foi um réprobo maior ainda.



Fantasy y distopía: «Hiranyo y Garbha», de Nestor Vítor

Mas o estranho caso é que, de todos que o maldiziam, Garbha somente se calava, ela, que se devera reconhecer como vítima de estupro brutal. Antes, pelo contrário, com benevolência de conivente criminosa, cheios os olhos de lágrimas, a alva mãozinha destendida, idealmente fazia um círculo sobre a cabeça do culpado, enquanto seus lábios quase invisíveis diziam duas pequeninas palavras que eram a fórmula de um perdão.

Ah! Pobre Hiranyo, se tu as ouvisses, não seriam tão grandes as tuas penas!

Tendo de submeter-se às consequências de sua culpa, evitado como um leproso, ele começou o peregrinar que só com a morte terminaria.

Mas não era o pensamento da negra condenação perpétua que o fazia tão desolado. Era a ideia de que ela, a divina transeunte, não podia deixar de odiá-lo.

Ele para ela fora como a lama que vem fazer turva a água clara, ou a nuvem negra que suja o plácido azul.

Quando nisto pensava Hiranyo é que punha os olhos na extensão de seu crime e não lhe achava o limite.

Vinham-lhe ímpetos de ir colocar a garganta sob o ferro que o havia de suspender para uma morte lenta e tormentosa, segundo os usos de seu país, reconhecendo-se indigno de compartilhar desta vida como os mais dos homens.

Mas, quando nas convulsões destes inenarráveis momentos, às vezes borboteavam-lhe longos soluços, e corriam-lhe lágrimas abundantes. Então vinha-lhe do fundo uma espécie de dolorosa alegria, como em horizonte borrascoso um raio de sol atravessa momentâneo as núvens, as plantas ainda cheias de orvalho e o furor dos ventos ululando em ecos pelas grutas longínquas.

Nisto voltavam-lhe aqueles seus pensamentos passados, aquelas vagas ideias sobre uma vida correndo de um modo diverso daquele pelo qual tudo corria em Morkoma, vida onde não houvesse tanta restrição e ta-

manho cansaço, que, por exemplo, permitisse sorrisos mais francos, e, até medroso, ele sonhava com umas espécies de beijos, cousas que ele nunca vira, e que o assustavam, ao mesmo tempo que lhe faziam tentação.

Mas também Garbha foi submetida a uma pena cruel. Expulsa e maldita, condenaram-na a vagar para sempre pelas estradas, com uma única veste para todo o sempre, como ele interdita de quaisquer relações e sendo a todos proibida misericórdia por ela.

E, ambos vagando, encontraram-se um dia.

A cidade inteira viu-os encontraram-se. Todos voltaram o rosto.

Só os dous se ficaram olhando.

Ela, surpresa, sem saber explicar, sentia agitar-se-lhe no seio o seu pequenino coração em um alvoroço de pássaro novo em gaiola. Ele, abismado que andava em seu crime, sem querer, no entanto, via seus braços estenderem-se a ela.

Ela sem querer se aproximava. Mortes mil com mil tormentos dariam tormento menor áqueles dous réprobos, espantados de seu crime e seduzidos a crime maior! Indizível a expressão de suas fazes.

Mas nisto, lá no zénite, uma nuvem cor de fogo, cor de rosa, azul e jalde, esfumeou-se, cheirando a sulfúrio.

E da nuvem saía, vestindo ouro e coberto de pedrarias, com um cetro na mão, o pequeno deus de Morkoma.

Feriu o espaço com seus microscópicos pés e desceu á terra.

Transidos de terror, os dous condenados ficaram perplexos.

Mas o deus veio, chegou, e, com sua voz argêntea, de pequeno volume, disse aos pobres miseráveis:

—Para o amor, perdão!

[Desapareceu.]

Eles se olharam e então souberam que toda a sua culpa era amor.

A cidade, de costas, execrava-os e não os via.



Fantasy y distopía: «Hiranyo y Garbha»,
de Nestor Vítor

Mas eles agora, não obstante, estavam contentes.

Hiranyo, tímido e delicado, tomara a mãozinha de Garbha e nela roçara um beijo.

Garbha, em êxtase ainda, repetia:

—Amor!...

Contam as noites que de cada vez eles souberam amar-se mais ainda.

E o que ficou registrado nos anais de Mor-koma é que os dous, sem poderem tomar alimento, pois tudo se lhes negava por lei, mortos à míngua, foram encontrados hirtos nos braços um do outro, sorrindo como se ainda vivessem e sentissem-se felices, o olhar de Hiranyo olhando o olhar de Garbha, o olhar de Garbha olhando o olhar de Hiranyo.

[1888]